

**EL NUEVO HOMBRE, EL CUAL ES UNO SOLO,
CUMPLE EL PROPÓSITO QUE DIOS TUVO AL CREAR AL HOMBRE**

(Viernes: primera sesión de la mañana)

Mensaje cuatro

**Tomar a Cristo como nuestra persona
con miras al nuevo hombre, el cual es uno solo**

Lectura bíblica: Ef. 2:15; 4:22-24; 3:17a; Col. 1:27; 3:4, 10-11; Gá. 2:20

I. Con miras al nuevo hombre, todos necesitamos tomar a Cristo como nuestra persona—Ef. 2:15; 3:17a:

- A. En el nuevo hombre, el cual es uno solo, hay una sola persona: Cristo—v. 17a; 4:24.
- B. Necesitamos ver que la iglesia es un solo y nuevo hombre, y que en este nuevo hombre no hay cabida alguna para nosotros, puesto que Cristo lo es todo—Col. 3:10-11.
- C. Cristo está en todos nosotros como una sola persona; por consiguiente, todos tenemos solamente una persona—Gá. 2:20; Col. 1:27; Ef. 3:17a.
- D. En el nuevo hombre, todos somos sencillamente un solo hombre; el requisito de que todos seamos un solo hombre es sumamente elevado—Col. 3:10-11.
- E. El nuevo hombre no se centra en los miembros (Ro. 12:4-5), sino en la persona; por tanto, todos necesitamos preguntar: “¿Quién es mi persona: yo o el Señor Jesús?”.
- F. Lo que a Dios le interesa es si vivimos por Cristo y tomamos a Cristo como nuestra persona—Jn. 6:57b; Fil. 1:21a; Col. 3:4; Ef. 3:17a:
 - 1. No sólo deberíamos comer las riquezas de Cristo a fin de ingerirlas y asimilarlas en nuestro ser; también deberíamos permitir que Cristo sea nuestra persona—vs. 8, 17a.
 - 2. Deberíamos tomar a Cristo no sólo para que sea nuestra vida, sino también para que sea nuestra persona.

II. Con miras a la existencia práctica de un solo y nuevo hombre, la persona del viejo hombre en su totalidad debe ser descartada, y debemos vivir por nuestra nueva persona—Ro. 6:6; Gá. 2:20; Ef. 4:22-24; 3:17a:

- A. Al comprender que nuestra pasada persona ha sido crucificada, ya no deberíamos vivir en esa persona, por esa persona y con esa persona—Ro. 6:6.
- B. Debemos negarnos a nuestra pasada persona —el “viejo hombre” y el “hombre exterior”— y vivir por nuestra nueva persona: “el hombre interior”—Ef. 4:22; Col. 3:9; 2 Co. 4:16; Ef. 3:16.
- C. La norma según la cual somos cristianos no debería ser lo correcto o incorrecto, el bien o el mal, sino una persona; el asunto crucial no es *qué* hacemos, sino *quién* lo hace.
- D. Lo que debería interesarnos no es corregir nuestra conducta externa, sino experimentar un cambio interno de la vieja persona a la nueva persona—Gá. 2:20.

III. Cuando llevemos una vida tomando a Cristo como nuestra persona, especialmente al tomar decisiones, nuestro vivir será el vivir del nuevo hombre—Jn. 4:34; 5:30; 6:38; 17:4; Ro. 15:32; Jac. 4:13-15:

- A. Mientras que el Cuerpo tiene como fin moverse, el nuevo hombre tiene como fin vivir, y de ochenta a noventa por ciento de nuestro vivir consiste en tomar decisiones—Fil. 1:21-26.
- B. En el nuevo hombre tomamos a Cristo como nuestra persona para hacer planes y para decidir cómo deberíamos vivir—Ro. 15:32.
- C. Necesitamos llevar una vida en el nuevo hombre al tomar a Cristo como nuestra persona, de modo que sea Él quien toma todas las decisiones en nosotros.
- D. Si tomamos a Cristo como nuestra persona, no decidiremos nada en nuestra vida por nosotros mismos—Flm. 14:
 - 1. Una vez veamos que somos parte de un solo y nuevo hombre, no podremos decidir cosas simplemente por nosotros mismos.
 - 2. Puesto que somos parte del nuevo hombre, nuestras decisiones y nuestro vivir no deberían ser nuestros; deberían ser las decisiones y el vivir del nuevo hombre corporativo; éste es el requisito máximo.
 - 3. El vivir del nuevo hombre es un vivir corporativo; por tanto, nuestras decisiones son decisiones corporativas y no decisiones personales—1 Co. 4:17.
 - 4. Necesitamos ver que somos un Cuerpo corporativo y un nuevo hombre corporativo, y que tanto nuestro vivir como nuestro mover son corporativos—12:12; Ro. 12:4-5.

IV. Pablo es un modelo de tomar a Cristo como nuestra persona con miras al nuevo hombre—1 Ti. 1:16:

- A. “Agradó a Dios [...] revelar a Su Hijo en mí”—Gá. 1:15a, 16a:
 - 1. Nada le agrada más a Dios que quitar velos para mostrar la persona viviente del Hijo de Dios.
 - 2. Necesitamos ser introducidos en un estado en el cual estemos llenos de la revelación del Hijo de Dios y, por tanto, lleguemos a ser una nueva creación, en la cual Cristo vive en nosotros.
- B. “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”—2:20a:
 - 1. Pablo no dijo que la vida de Cristo vivía en él, sino que Cristo, la persona, vivía en él.
 - 2. La economía de Dios consiste en que el “yo” sea crucificado en la muerte de Cristo, y que Cristo viva en nosotros en Su resurrección.
- C. “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”—4:19:
 - 1. Que Cristo sea formado en nosotros significa que Él ha crecido en nosotros hasta alcanzar plena madurez.
 - 2. Cristo nació en nosotros, ahora Él vive en nosotros, y Él será formado en nosotros cuando alcancemos nuestra madurez.
- D. “Para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe”—Ef. 3:17a:

1. Dios el Padre ejerce Su autoridad mediante Dios el Espíritu a fin de fortalecernos en el hombre interior para que Dios el Hijo haga Su hogar en lo profundo de nuestro corazón.
 2. Si le permitimos a Cristo poseer todo el espacio en nuestro interior y si le damos la plena libertad para que Él haga todo lo que desee hacer en nosotros, nuestro corazón llegará a ser Su hogar.
- E. “Dios me es testigo de cómo os añoro a todos vosotros en las partes internas de Cristo Jesús”—Fil. 1:8:
1. Pablo no llevó una vida en su propio ser interior natural; él llevó una vida en las partes internas de Cristo, experimentó a Cristo en Sus partes internas y fue uno con Cristo en Sus partes internas.
 2. Pablo no conservó sus propias partes internas, sino que tomó las partes internas de Cristo como las suyas; el ser interior de Pablo fue reconstituido con las partes internas de Cristo.
- F. “Haya, pues, en vosotros esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús”—2:5:
1. Permitir que haya en nosotros la manera de pensar que hubo en Cristo significa tomar a Cristo como nuestra persona al negarnos a nuestra mente natural y tomar Su mente.
 2. Si tenemos la intención de tomar a Cristo como nuestra persona, debemos estar dispuestos a negarnos a nuestra manera de pensar y que nuestra mente sea remplazada por la mente de Cristo.
- G. “Porque también yo lo que he perdonado, si algo he perdonado, por vosotros lo he hecho en la persona de Cristo—2 Co. 2:10b:
1. Pablo vivió a Cristo en el contacto más íntimo y estrecho con Él, actuando conforme a la expresión de Su mirada.
 2. Pablo era una persona que era uno con Cristo, estaba lleno de Cristo y estaba saturado de Cristo; él era uno que había sido quebrantado e incluso aniquilado en su vida natural, que era tierno y flexible en su voluntad, que era afectuoso pero restringido en su parte emotiva, que era considerado y sobrio en su mente, y que era puro y genuino en su espíritu hacia los santos para beneficio de ellos.
- H. “Para que el justo requisito de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu”—Ro. 8:4:
1. En la práctica, tomar a Cristo como nuestra persona consiste en que nuestro ser esté completamente en conformidad con el espíritu mezclado.
 2. En nuestra vida diaria nuestro ser no debería conformarse a las enseñanzas, los sentimientos, los conceptos o las circunstancias, sino al espíritu mezclado, tomando a Cristo como nuestra persona con miras a un solo y nuevo hombre universal.
- V. Si nuestros velos son quitados y somos alumbrados, veremos que hoy en el recobro del Señor necesitamos levantarnos conjuntamente para tomar a Cristo como nuestra persona con miras a un solo y nuevo hombre—Ef. 3:17a; 4:24, 11-13:**
- A. Las personas dotadas —los apóstoles, profetas, evangelistas y pastores y maestros— deberían tomar esto como su meta—v. 11; 3:17a.

- B. Necesitamos perfeccionar a los santos en cada localidad a fin de que puedan entrar en una situación en la cual toman a Cristo como su persona con miras al nuevo hombre—4:11-13.
- C. Si todos los santos en el recobro del Señor toman a Cristo como su persona, entonces espontáneamente todos seremos un solo y nuevo hombre—3:17a; 4:24.
- D. “Al final, la Biblia nos presenta la iglesia como un solo y nuevo hombre [...] En el nuevo hombre, no tenemos nada más, sino únicamente la persona. Este nivel es tan elevado que no puede ser más elevado, tan estricto que no puede ser más estricto y tan íntimo que no puede ser más íntimo. Todos somos un solo y nuevo hombre; en este nuevo hombre sólo existe una persona: la persona del Señor Jesús” (*Un solo Cuerpo, un solo Espíritu, y un solo y nuevo hombre*, pág. 95).

Extractos de las publicaciones del ministerio:

EL NUEVO HOMBRE

El nacimiento de nuestra nueva persona

En Colosenses 3:11 dice que en el nuevo hombre no hay persona natural, sino que Cristo es el todo y en todos. Sin embargo, el nuevo hombre empieza con el nuevo nacimiento en nuestro espíritu (Jn. 3:6). Necesitamos ver el desarrollo desde nuestro nuevo nacimiento hasta el nuevo hombre, donde Cristo es el todo y en todos.

El hombre es de tres partes: espíritu, alma y cuerpo (1 Ts. 5:23). La vida humana del hombre está en el alma. La vida en el alma es nuestro ser, nuestra persona, nuestro yo. Antes de ser salvo, el hombre es un alma (Hch. 7:14), una persona, con dos órganos: el cuerpo como un órgano externo que tiene contacto con el mundo exterior y físico, y el espíritu como un órgano interior que tiene contacto con Dios y el mundo espiritual. Cuando creímos en el Señor Jesús y le recibimos, Él entró en nuestro espíritu como vida. Ahora en nuestro espíritu tenemos otra clase de vida, la vida divina de Dios. Anteriormente, teníamos solamente la vida humana en nuestra alma, pero ahora tenemos la vida divina en nuestro espíritu. Como resultado, nuestro espíritu ahora ha llegado a ser una persona. Anteriormente, era solamente un órgano porque no tenía vida, pero ahora también ha llegado a ser una persona con una vida. Al nacer de nuevo, nos volvimos otra persona. Anteriormente, éramos personas anímicas con la vida humana natural y anímica; pero ahora tenemos la vida divina, eterna e increada en nuestro espíritu. Al ser regenerados, fuimos convertidos para ser otra persona. Anteriormente, nuestra persona era el alma, pero ahora nuestra persona es nuestro espíritu. Ahora debemos vivir, no por nuestra alma, sino por nuestro espíritu. Necesitamos darnos cuenta de que tenemos un espíritu, y también necesitamos darnos cuenta de que nuestro espíritu es nuestra persona.

El crecimiento de nuestra nueva persona

Juan 3 nos habla del nuevo nacimiento en nuestro espíritu: “Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (v. 6). Después, 1 Pedro 2:2 habla de los niños recién nacidos. “Desead, como niños recién nacidos, la leche de la palabra dada sin engaño, para que por ella crezcáis”. Primero, nacimos de nuevo; segundo, tenemos que crecer. Este crecimiento tiene que ocurrir en nuestro espíritu. El crecimiento de los recién nacidos no implica que adquieran mucho conocimiento en sus mentes. Crecer significa que el mismo Cristo que está dentro de nuestro espíritu aumenta. El aumento de Cristo en nuestro espíritu es nuestro verdadero crecimiento en vida.

Cristo está en nuestro espíritu, pero para crecer tenemos que disfrutarle. Tenemos que

comer a Cristo, beber a Cristo e inhalarle. Tenemos que tomar a Cristo una y otra vez. Día tras día y poco a poco Cristo se aumentará en nosotros. Con algunos este crecimiento quizá se haya detenido. Aunque quizá hayan nacido de nuevo hace más de veinticinco años, la cantidad de Cristo dentro de ellos quizá sea la misma que cuando primeramente fueron salvos. Tal vez hayan adquirido mucho conocimiento en el alma. Quizá hayan aprendido todas las enseñanzas bíblicas y todas las regulaciones del cristianismo. Incluso quizá hayan aprendido a cantar los himnos en una forma maravillosa. Sin embargo, han ganado todas esas cosas en su alma. Donde está Cristo, en el espíritu, quizá casi no haya habido ningún aumento. Quizá sean bebés viejos, o sea, personas que han sido cristianas por muchos años pero que han crecido muy poco en vida.

Quizá algunos se jacten de que han sido salvos por muchos años, que han aprendido todas las enseñanzas del cristianismo y que han oído a muchos buenos oradores famosos cristianos, pero ¿cuánto de Cristo han ganado? Aunque un hermano joven haya sido salvo por sólo pocos años, quizá haya ganado más de Cristo que lo que ellos hayan ganado. Quizá ellos tengan mucho conocimiento en su alma, pero han ganado muy poco de Cristo en su espíritu. Nuestra única necesidad es ganar a Cristo en nuestro espíritu.

Vivir por nuestra nueva persona

Es maravilloso nacer de nuevo, pero después de nuestro nuevo nacimiento, necesitamos crecer. Crecer simplemente significa que Cristo es añadido y forjado en nosotros. Anteriormente, éramos personas en el alma, pero ahora debemos ser personas que están en el espíritu. Nuestra alma, la vieja persona, ya fue “crucificada con Cristo” (Gá. 2:20). Tenemos que apropiarnos de este hecho y ponerlo en práctica. Debemos darnos cuenta de que nuestra vieja persona fue crucificada, y que ya no debemos vivir más en esa persona, ni vivir por ella ni con ella. Tenemos que negarnos a nuestra vieja persona la cual la Biblia llama: “el viejo hombre” (Ro. 6:6; Ef. 4:22; Col. 3:9) y “el hombre exterior” (2 Co. 4:16), y tenemos que vivir por nuestra nueva persona, “el hombre interior” (Ef. 3:16). Tenemos que darnos cuenta de que ahora somos otra persona, la nueva persona en nuestro espíritu con Cristo como vida. Nuestra nueva persona, es decir, nuestro espíritu, y la vida de Cristo, ahora son uno. Esta nueva persona, nuestro espíritu más Cristo como vida, es incluso nuestra personalidad. Ahora nuestra personalidad no está en el alma, sino en el espíritu. Nosotros ya no debemos vivir más en nuestra vieja persona, ni debemos permitir que ella tome ninguna acción. En lugar de ello, tenemos que vivir por la nueva persona.

¿Cómo aplicamos esto en nuestro diario vivir? Supongamos que un hermano quiere ir a una tienda por departamentos para comprar algo. Él no debe comprobar si es la voluntad del Señor. Lo primero que tiene que comprobar es si su ida es iniciada por su alma o por su espíritu. ¿Es iniciada por su persona anterior o por su presente persona, por el viejo hombre o por el nuevo hombre, por el hombre anímico o por el hombre interior? Tiene que ser iniciada por su nueva persona. Quizá sea fácil para nosotros aprender esta doctrina, pero en la mayor parte de nuestro vivir, quizá aún estemos absolutamente en nuestro viejo hombre. Ir a las tiendas a comprar algo no es malo ni maligno, pero quizá todavía sea una actividad de nuestra persona anterior. Aunque somos cristianos de nombre, quizá todavía estemos viviendo en nuestra vieja persona. Quizá hagamos las cosas según nuestra consideración de si una cosa está correcta o incorrecta, bien o mal, y no según el principio de si es algo de la vieja persona o algo de la nueva persona. Nosotros, los renacidos, quizá raras veces vivamos en nuestra nueva persona.

Dios no tiene la intención de pedirle que usted sea un buen hombre. Él tiene la intención de que usted viva en la nueva persona. No importa si compra algo o no, si va de compras o

no. Lo que importa es quién va, la persona antigua o la presente, la persona en el alma o la persona en el espíritu. Si la persona en el alma va, Cristo no está allí, pero si la persona del espíritu va, Cristo va, porque en el espíritu usted es uno con Cristo. La nueva persona es Cristo, quien es la vida en su espíritu.

Cuando estos dos, Cristo como vida y su espíritu, se unen, usted tiene la personalidad de su nueva persona. Necesita ver que no solamente fue salvo, sino que también renació para ser otra persona. Anteriormente, era una clase de persona, pero usted ha sido regenerado para ser una persona absolutamente diferente. Antes era una persona que vivía en su alma. No significa mucho si esa persona era buena o mala. Quizá usted nació amable, apacible, paciente, bondadoso, lento y callado. La gente siempre considera que esta clase de persona es muy buena. Incluso quizá sea difícil que se enoje. A todos nos gustaría esta clase de persona. Por otro lado, quizá yo haya nacido bravo, rudo, duro y de fuerte temperamento, sin ninguna paciencia. A nadie le caería bien. Pero ya sea que haya nacido bueno o malo no significa nada, porque todos necesitamos renacer. Si usted nació malo, necesita renacer; aun si nació bueno, de todos modos necesita renacer. No importa nuestra raza, nacionalidad o manera de ser natural, todos tenemos que renacer. En este renacimiento, todos somos iguales.

Una vez que hemos vuelto a nacer, no debemos vivir más por nuestra vieja persona, sino absolutamente por nuestra nueva persona. El problema es que, aun después de nuestro renacimiento, continuamos viviendo por nuestra vieja persona. Siempre estamos considerando si una cosa está bien o está mal. Si es correcta, la hacemos. Si está mal, no la hacemos. Así que, nuestra norma de lo que es ser un cristiano se basa en el comportamiento y no en la persona. Ésta es la norma que rige el cristianismo de hoy, pero dicho concepto está mal. Nuestra norma debe considerar la persona, y no el comportamiento. No importa si una cosa está correcta o incorrecta, buena o mala, solamente nos debe preocupar una cosa: ¿quién la va a hacer? ¿Nuestra vieja persona la va a hacer o nuestra nueva persona? No es un asunto de *qué* se va a hacer, sino de *quién* la va a hacer. El verdadero aspecto subjetivo de la obra de la cruz consiste en crucificar a nuestra vieja persona. Ya no soy yo, la vieja persona, sino Cristo, la nueva persona (Gá. 2:20). No es asunto de corregir ni mejorar el comportamiento. Es asunto de cambiar nuestro ser de la vieja persona a la nueva persona.

Nuestra nueva persona: la realidad de la vida de iglesia

Que el Señor abra nuestros ojos para que veamos que la vida de iglesia está en esta nueva persona y no en ninguna otra cosa. A pesar de cuán bueno, paciente, humilde, bondadoso y gentil usted sea, mientras esté en la vieja persona, no podrá experimentar la vida de iglesia. Quizá usted sea una persona muy fácil de tratar, pero de todos modos, si está en la vieja persona, usted ya está terminado con respecto a la vida de iglesia y la vida de iglesia ha terminado para usted. La vida de iglesia está exclusivamente en la nueva persona. Hay una nueva persona dentro de cada uno de nosotros. La suma total de todas estas nuevas personas equivale a la iglesia. ¿Qué es la iglesia? La iglesia es la adición, la suma total, de todas las nuevas personas que están dentro de nosotros. La vida de iglesia está en nuestro espíritu. Por eso, necesitamos crecer y tenemos que crecer. Al nacer de nuevo, llegamos a ser niños recién nacidos. Ahora necesitamos crecer, no sólo en función, sino en una persona, en nuestro hombre interior. La persona entera que está en el espíritu necesita crecer.

Por eso, Efesios 3 dice que necesitamos ser fortalecidos con poder en nuestro hombre interior (v. 16). Nuestro hombre interior es nuestro espíritu, pero está débil porque le falta poder, el poder de resurrección, el poder que trasciende, el poder que subyuga y el poder que gobierna. Para crecer necesitamos ser fortalecidos y somos fortalecidos por medio de estas cuantas cosas: alimentarnos de Cristo, beberlo, respirarlo y ser interiormente llenos de Él.

Cuanto más nos alimentemos de Cristo, bebamos de Cristo, respiremos a Cristo y seamos llenos interiormente de Cristo, más seremos fortalecidos. Cuanto más somos fortalecidos, más somos fortalecidos con el poder de resurrección de Cristo. Ninguna muerte puede prevalecer contra nosotros. Todo el amortecimiento a nuestro alrededor y dentro de nosotros es conquistado por el poder de la resurrección. Cuando somos fortalecidos, también somos trascendentes, subyugamos y gobernamos. Este fortalecimiento es el aumento de Cristo dentro de nosotros, el crecimiento de nuestro hombre interior. Por este fortalecimiento, nuestro hombre interior, nuestra nueva persona, crece todos los días.

Todos necesitamos un cambio de concepto. Necesitamos la revelación celestial para que abandonemos todos los conceptos erróneos que hemos acumulado de nuestro pasado. Todos tenemos que darnos cuenta de una cosa: como aquellos que hemos renacido, no debemos vivir más en nuestra vieja persona. Tenemos que negar y renunciar a esa vieja persona, y tenemos que darnos cuenta de que ahora tenemos una nueva persona, y éste es nuestro espíritu que tiene a Cristo como su vida. Tenemos que vivir y hacerlo todo por esta nueva persona. No nos debe importar si una cosa está correcta o incorrecta, buena o mala. Sólo nos debe importar una cosa: ¿qué persona lo está haciendo, la vieja o la nueva? Siempre debemos preguntarnos esto. Si sentimos que estamos débiles o vacíos en nuestro nuevo hombre, nuestra nueva persona, necesitamos estar desesperados y orar: “Señor, ten misericordia de mí. Mira mi situación. Estoy tan vacío, tan débil en mi nueva persona”. Necesitamos tratar con el Señor. Entonces seremos fortalecidos.

Si sabemos cómo tratar desesperadamente con Cristo, cómo alimentarnos de Cristo al orar-leer la Palabra, cómo beber de Él al invocar Su nombre y cómo respirarle día tras día, seremos uno con Él en nuestro espíritu. Esto nos hará crecer día tras día en nuestra nueva persona. Hoy no podemos ver ni darnos cuenta de que nuestra nueva persona está creciendo, pero un día ya no seremos “niños” y llegaremos “a un hombre de plena madurez” (Ef. 4:14, 13). Esa plena madurez será la acumulación de Cristo como realidad en nosotros a través de todas las experiencias que tenemos de Él. No significa meramente que experimentemos a Cristo un poquito como nuestra paciencia, nuestra fortaleza o nuestra vida. Más bien, todo el día viviremos por la nueva persona. Si queremos visitar a un hermano, tenemos que ver si esto proviene de nuestra vieja persona, el yo, o de nuestra nueva persona, nuestro espíritu. Debemos averiguar esto y tener la respuesta apropiada. Entonces debemos ir, no en nuestra vieja persona, sino en la nueva persona. Incluso si una madre va a hablar con sus hijos, debe averiguar si su vieja persona o su nueva persona va a hablar. Todos hemos nacido de nuevo, pero ¿estamos viviendo por la vieja persona o la nueva persona? Solamente viviendo en la nueva persona podemos experimentar a Cristo como nuestra realidad. Todo el día debemos vivir en la nueva persona. Incluso para estudiar las lecciones en la escuela, se necesita averiguar esto. En la escuela se tiene que ejercitar la mente, pero la nueva persona, y no la vieja persona, es la que debe usar la mente. Cuando se estudien las lecciones, se tiene que averiguar: ¿cuál persona va a estudiar? Si se estudia en la nueva persona, la mente trabajará para uno como un órgano bajo el control de la nueva persona. Si se va a vestir, no averigüe qué clase de ropa va a usar. Primeramente, tiene que averiguar *quién* se va a vestir, la vieja persona o la nueva persona. Nosotros somos cristianos nacidos de nuevo, pero la mayoría del tiempo vivimos por nuestra vieja persona y no por la nueva persona, nuestro espíritu.

Vestirnos del nuevo hombre

Todos debemos ver que, en la vida de iglesia, todos los miembros necesitan vivir por la nueva persona. No debemos vivir según un estándar moral elevado ni un estándar inmoral. No debemos vivir por ningún estándar de comportamiento, sino por una persona. Por eso, 2 Corintios 4:16 dice que nuestro hombre exterior, la vieja persona, se va desgastando, pero

el hombre interior, la nueva persona, se está renovando de día en día. El hombre exterior tiene que disminuir, pero el hombre interior necesita aumentar. Nosotros realmente tenemos dos personas dentro de nosotros, una es vieja y la otra es nueva. La vieja tiene que ser consumida, pero la nueva necesita aumentar. Nuestro problema consiste en que no nos damos cuenta de esto y seguimos viviendo por la vieja persona y no por la nueva. Necesitamos una revelación para que tengamos un cambio de la vieja persona a la nueva. Entonces seremos renovados en el espíritu de nuestra mente y nos vestiremos del nuevo hombre (Ef. 4:23-24), la vida de iglesia corporativa. El apóstol Pablo dice que tenemos que despojarnos del viejo hombre, el viejo hombre corporativo, y vestirnos del nuevo hombre (vs. 22, 24). Todos tenemos que quitarnos la vieja vida comunal, la vida social mundana y tenemos que vestirnos de la nueva vida comunal, la vida de iglesia. Nos vestimos de la vida de iglesia poco a poco. Es posible que participemos en la vida de iglesia, pero que aún tengamos algo que ver con la vida social mundana. Mientras estamos siendo renovados en el espíritu de nuestra mente, gradualmente nos estamos quitando la vieja vida comunal, y nos estamos vistiendo de la nueva vida de iglesia. Esto es lo que necesitamos hoy en la vida de iglesia. Con el tiempo, al nacer de nuevo y al crecer nuestra nueva persona, llegaremos a la meta, el nuevo hombre, “donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro, escita, esclavo ni libre; sino que Cristo es el todo, y en todos” (Col. 3:11). Ésta es la vida de iglesia.

Después de nuestro nuevo nacimiento, debemos crecer, no en una forma doctrinal, sino en nuestra experiencia. Todos necesitamos crecer en Cristo y vivir por nuestra nueva persona. No nos debe importar corregir nuestro comportamiento exterior, sino solamente el cambio interior de la vieja persona a la nueva persona. Debemos vivir y hacer todas las cosas, grandes y pequeñas, por la nueva persona. Si hacemos esto, seremos fortalecidos, y tendremos un verdadero aumento de Cristo, así como el crecimiento en vida. Entonces la vieja vida comunal será dejada, y la nueva vida de iglesia será adoptada. Con el tiempo, tendremos el pleno crecimiento, siendo Cristo nuestro todo en todo. Entonces estaremos en la vida de iglesia apropiada, adorando a Dios no solamente en espíritu, sino también con veracidad. Experimentaremos la realidad de Cristo como nuestra vida, y creceremos hasta llegar a un hombre de plena madurez (Ef. 4:13). Un día el Señor llevará a todas las iglesias locales hasta este punto. Él está esperando esto. Probablemente ese será el día de Su regreso. (*Las dos oraciones más grandes del apóstol Pablo*, págs. 41-49)